

LA NADA QUE NECESITABA

FERDINANDO FREGA

MEN'S GILLETTE, STORY

LA NADA QUE NECESITABA

Mi mujer Elisabetta decidió irse de vacaciones con mi hija Giorgia, junto con su hermano Michele y su mujer, Cinzia.

El destino era la casa de un primo en Sicilia, donde pasarían cinco días recuperándose del estrés de la vida diaria.

Antes de dejarme solo, aparte de la responsabilidad de cuidar de mi labrador americano, que en su día había tenido novia en Nápoles y había cogido el acento canino local, se aseguraron de decirme que la despensa estaba llena. Me dejaron además cincuenta euros para cualquier gasto extra del día a día y dejaron claro que, a su vuelta, esperaban encontrar la casa en perfecto orden y no convertida en una zona catastrófica.

Llamaban todos los días. Las dos estaban preocupadas por el perro. ¿Había comido? ¿Había bebido bastante agua? ¿Había salido a pasear? ¿Había hecho sus cosas? ¿Había encontrado compañía?

En cierto momento les sugerí que lo llamaran directamente a él y lo dejaran responder a sus preguntas en persona, quejas incluidas.

En cuanto a mí, solo recibía alguna pregunta tranquila de mi mujer.

«¿Has comido?»

Y yo respondía con la misma calma.

«Sí, mi amor.»

Ahahahahahahahahah.

Luego llegó el día de su regreso.

Curiosas más allá de toda medida, entraron en casa.

Todo estaba impecable. La cocina estaba inmaculada. Ni un plato fuera de sitio.

Se quedaron tan sorprendidas que volvieron a salir, se quedaron en el rellano y se preguntaron si no se habrían equivocado de piso.

Mi cuñada, hija de un oficial superior de los carabineros, inspeccionó la escena del crimen a fondo y me felicitó mientras se preguntaba cómo podía haber ocurrido semejante cosa.

Justo cuando todos creían que los efectos especiales habían terminado, nos reunimos alrededor de la mesa de la cocina y me vieron llegar con los cincuenta euros en la mano, listo para devolverlos.

Sus miradas se cruzaron. Sus ojos mantuvieron una conversación entera sin una sola palabra.

La pregunta llegó de inmediato.

«¿No has comido?»

Y respondí:

«Sí, gracias. Al menos tres veces al día. Pero sabía que no necesitaba nada más. La nada me bastó para vivir. Era todo lo que necesitaba.»

Sonreí y me fui a caminar solo.

Porque el éxito no debería compartirse nunca.

Es como el helado. Cada uno reconoce el sabor en su propio paladar, aunque sea el mismo sabor para todos.

Ferdinando

